

cuando publicó la encíclica «*Quod apostolici muneris*», y escritos posteriores han ido recogiendo su pensamiento. En mayo de 1891, se publica la encíclica «*Rerum Novarum*», aquí nos ofrece un tratado amplio y exhaustivo sobre las corporaciones; en ella encontramos «el reconocimiento del derecho de los trabajadores a asociarse, esto es, a sindicarse, para la defensa de sus derechos y para la protección de sus intereses». (J. Sánchez Jiménez.) Vaya este número como homenaje y recuerdo de este primer gran mensaje sobre cuestiones sociales. Confiamos en que la encíclica que prepara Juan Pablo II nos ofrezca nuevas pistas y orientaciones a los nuevos problemas y desafíos de esta sociedad donde reina la desigualdad y la injusticia.

DOCUMENTACION SOCIAL agradece la colaboración de los autores y no necesariamente se identifica con su contenido.

FRANCISCO SALINAS RAMOS

Director de DOCUMENTACION SOCIAL

## Movimiento obrero y sindicalismo en la sociedad contemporánea

José Sánchez Jiménez.  
Universidad Complutense, Madrid.

En la historia de las clases trabajadoras que progresivamente devienen en *proletariado consciente* las sucesivas conquistas organizativas a partir de mecanismos de resistencia, huelgas, manifestaciones y otras formas de *conflictividad social*, habían finalmente logrado la transformación de las seculares *revueltas*, agrarias o urbanas, ligadas casi siempre a crisis de subsistencias, en unos enfrentamientos institucionalizados, constantes, que ya A. Tocqueville describía como «la lucha de una clase contra otra clase» (1).

En el caso parisiense concretamente, que luego se había de extender a toda Francia y a otras naciones europeas, entre febrero y junio de 1848 se logra desvelar por fin, en frase de C. Marx, «el secreto de la revolución del siglo XIX: la emancipación del proletariado». Así empezaba, según su juicio, y aun a pesar del fallo del choque revolucionario parisiense, una *nueva era de la historia* en la que las revoluciones no iban a limitarse puramente a los cambios políticos, sino que habían de adentrarse, en cuanto *revoluciones proletarias*, en la transformación radical y completa de una sociedad contradictoria, dividida, alienante y destructiva de su peculiar progreso (2).

Dos décadas más tarde, en los primeros setenta, la *Comuna* de París era de nuevo aclamada por los líderes del marxismo como «la primera revolución proletaria: «la primera revolución social —vuelve a afirmar C. Marx— en que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única clase capaz de iniciativa social, e incluso por la

(1) T. SKOCPOL: *Los Estados y las revoluciones sociales*, México, 1984, págs 21 y ss. Tb. F. ENGELS: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Akal, 1976, pág. 31. Igualmente, en M. PEREZ DESMA: *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, 1987, cap. 1.

(2) C. MARX: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Madrid, Fundamentos, 1975 (dentro de *obras escogidas de Marx y Engels*, T. I), págs. 146 y 152.



gran masa de la clase media parisiense —tenderos, artesanos, comerciantes» (3).

Luego, la derrota de La Comuna, y la marcha dificultosa, dividida y enfrentada de las Internacionales Primera y Segunda habían de dejar para la Revolución Rusa, en octubre de 1917, el honor de ser «la primera revolución proletaria triunfante» en la que la destrucción de las clases detentadoras del poder económico y político facilitó el obligado paso por la «dictadura del proletariado» en la espera de poder conseguir el «paraíso comunista».

Esta *revolución proletaria*, hoy en la mayor de sus crisis una vez que el *socialismo real* ha sucumbido, permite, sin embargo, mirar al pasado y observar cómo en la marcha de los más pobres y desposeídos en la defensa de sus derechos, el movimiento obrero y dentro del mismo las diversas opciones sindicales han ejercido una función, cumplido un papel y obtenido unos logros que la *sociedad del bienestar* interpreta como resultado de una «humanización» del sistema capitalista.

*Movimiento obrero y sindicalismo* han cumplido, pues, con un compromiso y han tenido un protagonismo importante en el logro de las actuales cotas de bienestar y en la aproximación a un respeto y defensa de los derechos humanos para todos, aun a pesar de que hoy tanto la tragedia bélica en que el mundo se sumerge como los diversos conflictos entre ricos y pobres, satisfechos y marginados, impiden optar por una alternativa optimista que apenas tiene visos de objetivo apoyo.

## 1. EN EL CENTENARIO DE LA ENCICLICA «RERUN NOVARUM»

Cuando en mayo de 1891 el Papa León XIII publicaba su carta encíclica «Reum Novarum», en la que por vez primera de forma solemne y monográfica el Pontífice se refería a la *cuestión social*, y más específicamente a determinar «los derechos y deberes dentro de los cuales hayan de mantenerse los ricos y los proletarios, los que aportan el capital y los que ponen el trabajo», la preocupación social de la Iglesia partía de un diagnóstico de la sociedad apenas positivo: «el

(3) C. MARX: *La guerra civil en Francia*, en *Obras escogidas...*, ya cit., pág. 548.

prurito de novedades», «el afán de cambiarlo todo»... que estaba pasando del campo político al terreno, con él colindante, de las «cuestiones económicas» (4).

Para el Papa las razones o causas de estas «novedades» eran «los adelantos de la industria y de las artes», «el cambio operado en las relaciones mutuas entre patronos y obreros», la «acumulación de las riquezas de unos pocos y la pobreza de la inmensa mayoría» y la «mayor confianza de los obreros en sí mismos y la más estrecha cohesión entre ellos»; adobado todo, además, con la «relajación de las costumbres» igualmente presente en varios de los documentos anteriores, de orientación preferentemente política como, por ejemplo, las cartas encíclicas «Diuturnum Illud» (1881), «Inmortale Dei» (1885) o «Libertas» (1888), que reflejan el diagnóstico político-moral de la situación nueva creada con el triunfo, la reafirmación y la extensión de los presupuestos políticos liberales en un mundo progresivamente secularizado y laico.

El esquema papal es definitivo cuando, en su diagnóstico de la realidad sociopolítica coetánea, echa en falta con nostalgia la desaparición de los gremios, el divorcio entre religión y política y el olvido de una tradición cultural eminentemente religiosa y católica. En esta oscura y pesimista visión de su realidad completará su diagnóstico reafirmando cómo «el tiempo fue insensiblemente entregando a los obreros, solitarios e indefensos, a la inhumanidad de los empresarios y a la desenfrenada codicia de los competidores», que, junto con la «voraz usura» y la hegemonía monopolizadora de patronos e intermediarios, ratifican la conclusión final que justifica la necesidad de su carta:

«Unos cuantos hombres riquísimos, opulentos, han puesto sobre la multitud innumerable de los obreros un yugo que difiere muy poco del de los esclavos» (5).

Aunque el Papa se había referido a la *cuestión social* al menos en cinco documentos oficiales anteriores, aparte sus intervenciones como obispo, en la «Rerum Novarum» centra su pensamiento y plasma sus objetivos en tres cruciales asuntos que son los que conforman los contenidos del documento: el renacimiento del *derecho de los trabajadores a asociarse*, esto es, a sindicarse, para la defensa de sus derechos y para la protección de sus intereses: la *competencia del Estado*

(4) LEÓN XIII: *Carta Encíclica «Rerum Novarum»*, en «Doctrina Pontificia, III, Documentos sociales», Madrid, 1959, núm. 1 de la Carta

(5) *Ibidem*.

para reducir y eliminar la injusticia social mediante una *intervención* directa y a través de la gestación y aplicación de una *política social* idónea, y la referencia a la *propiedad como derecho* y de la posesión de los frutos de su trabajo, sin olvidar, por supuesto, la función social que debe desempeñar.

La preocupación primera es, pues, la atención a la realidad obrera desde la cual resulta lógico refutar las teorías socialistas en torno a la propiedad privada y defender la igualdad humana, la necesidad de una intervención del Estado sometido al principio de subsidiaridad, y hacer factible la actuación de la Iglesia y de las asociaciones de interesados en la solución de los problemas planteados por las nuevas (para el Papa, se entiende) formas de producir, la distribución de los producidos y la ordenación de la sociedad y de la convivencia en función también de esta producción y distribución (6).

El esquema papal es simple en exceso, y quizá más atento en sus resultados o efectos, que no en sus motivaciones, a sociedades católicas en las que los avances de la revolución industrial y la evolución de la vida urbana mantenían cierto retraso o apenas se habían iniciado. A muchas de estas sociedades resultó de hecho, primero ininteligible, y luego de difícil aplicación, por cuanto la acostumbrada preocupación eclesiástica, hasta la llegada de León XIII al Pontificado, era de hecho una preocupación política, por los efectos y consecuencias de la ideología y política liberales. Luego, los mismos obispos, clérigos y católicos conservadores optaron por hacer hincapié mucho más en el ideal de una *armonía social*, la unión de ricos y pobres, que en las dificultades y ventajas de una realización de la justicia en el mundo laboral y en el complejo campo de las relaciones económicas y sociales.

La doctrina de la encíclica «*Rerum Novarum*», en modo alguno ajena a una asociación obrera pura, aun a pesar de las nostálgicas preferencias por la agremiación o por la sindicación mixta, sirvió en la práctica, más teórica que prácticamente, más como defensa y excusa frente a socialistas y anarquistas que como cauce y guía para una *acción social católica*. Esta, al menos en el caso hispano, se retrasa hasta que en 1906, con la nueva Ley de Sindicatos Agrícolas, el movimiento cooperativo y las cajas rurales permiten al mismo tiempo una solución económica y la defensa frente a la temida sindicación socialista que pudiera generar en «lucha de clases» entre propietarios agrícolas,

(6) G. JARLOT: *La Iglesia ante el progreso social y político*, Barcelona, 1967, cap. VII. Tb. J. María OSES: *Misión liberadora de la Iglesia*, Madrid, 1975, parte III.

jornaleros y artesanos. El miedo a los sindicatos puros y la preferencia por los mismos, generalizada en los países latinos económicamente más atrasados y mayoritariamente católicos, influyó más tarde en la acusación de «amarillismo», habitualmente referida a los sindicatos católicos (7). En entornos como el hispano posiblemente el mayor problema a que se enfrenta la acción social católica es la falta de preparación y aun de interés por superar la discusión de los católicos, creciente a partir de la constitucional tolerancia del culto privado no católico, recogida en el artículo 11 de la Constitución de 1876, la excesiva «patronalización» del movimiento y organización sociales en la Iglesia y el excesivo miedo al socialismo y al anarquismo, a los que se hace responsables, junto con los principios liberales, del proceso de secularización y laicización crecientes (8).

## 2. HACIA LA TOMA DE CONCIENCIA DE LOS TRABAJADORES

Tiene lugar como resultado de la *separación entre capital y trabajo* y de la sumisión de este último a unas leyes que se creen naturales, inmutables y exactas: las leyes de la *economía de mercado* que, aunque en un primer momento, con los inicios del sistema fabril, no resultan conflictivas, una vez que patronos y obreros culpan a las guerras, a las crisis económicas de sus problemas, al par que esperan conjuntamente la solución providencial del Estado o el recurso a la asistencia caritativa, más adelante obligan al trabajador a buscar la causa de sus males en la sociedad dominada por los patronos y por unos poderes públicos ajenos a la mejora de su suerte (9).

(7) J. J. CASTILLO: *El sindicalismo amarillo en España*, Madrid, 1977, Parte I, cap. 2.

(8) D. BENAVIDES: *Democracia y cristianismo en la España de la Restauración, 1875-1931*, Madrid, 1978, caps. VI, VIII y IX. Tb. J. SANCHEZ JIMENEZ: *La acción social cristiana en el último decenio del siglo XIX*, en Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, I, Madrid, 1980, págs. 123-140; F. MONTERO: *El primer catolicismo social y la «Rerum Novarum» en España (1889-1902)*, Madrid, 1983; y J. MARIA LABOA GALLEGU: *El catolicismo social español. Historia y evolución*, CORINTIOS XIII (Revista de teología y pastoral de la caridad, n. 54/55, Madrid, 1990, págs. 75-134.

(9) G. RUDE: *La multitud en la historia*, Buenos Aires, 1971, págs. 180-193, Tb. E. P. THOMPSON: *La formación histórica de la clase obrera*, Inglaterra, 1780-1832, 3, Barcelona, 1977, Tercera parte, todo el capítulo 16. Tb. E.P. THOMPSON: *Tradición, revuelta, incidencia de clase*, Barcelona, 1979.

Sólo entonces, cuando el obrero comienza a tomar conciencia de su condición social, surge la exigencia de una *actitud solidaria* que encauza los primeros movimientos de resistencia, las primeras luchas obreras que aventuran la formación de una *sociedad de clase*. El Movimiento obrero, pues, termina así gestándose como una *lucha obrera organizada* a través de agrupaciones o instituciones en las que los trabajadores y cuantos opten por militar a su lado se aglutinan, conscientes unos y otros de su solidaridad y de la utilidad que para ellos tiene la organización, con el fin de precisar sus objetivos y adecuar los instrumentos y cauces para su logro.

El desarrollo, pues, de la *producción capitalista* lleva a la creación de la *clase obrera*; y la asociación para la defensa de sus intereses, fines y derechos genera en *movimiento obrero* que mediante asambleas, grupos, sindicatos, asociaciones, congresos, partidos, etc., llega a contar con una estructura que apuesta por convertirse finalmente en internacional; y representa unas líneas de fuerza volcadas básicamente en el conocimiento y mejora de las condiciones de vida real de los trabajadores. Cuenta además con unas élites al servicio y en la dirección de sus bases; y fuerza, mediante la explicación de los conflictos, por vía de manifestaciones, huelgas y negociaciones, a mejorar las demandas de las clases trabajadoras, exigiendo por vía social o política la consecución de una menor desigualdad en las relaciones humanas laborales o la lucha y la conquista del poder, en espera de poder tomar decisiones capaces de una mejor organización de la sociedad en el momento en que el poder pase a las manos del proletariado. Según constatación de C. Marx, con las revoluciones del 48 el proletariado había conseguido su *emancipación*, e iniciaba así una nueva era en la historia: *la era de las revoluciones proletarias* (10).

Había, por tanto, de servir el movimiento obrero como instrumento y guía de estas revoluciones que encerraban en su seno un cambio sustancial del poder político, un cambio en la estructura social y la transformación de la infraestructura económica; esto es, el desplazamiento del *modo de producción capitalista*, y su sustitución por un *modo de producción nuevo* en el que necesidades y capacidades obrasen justamente de consuno.

El dilema no era sino el de la superación de la *revolución burguesa* por una *revolución proletaria*, basada, como se acaba de indicar, en la

(10) M. PEREZ LEDESMA: Ob. cit., págs. 17-22. Tb. J. ALVAREZ JUNCO: *A vueltas con la revolución burguesa*, en «Zona Abierta» (36/37), Madrid, 1975, págs. 81-106.

*toma de conciencia*, en un largo proceso de organización y en una experiencia de lucha que no podría acabar hasta que la emancipación proletaria hiciera posible, como el Manifiesto recoge, «la desaparición de todas las clases».

### 3. LA PROLETARIZACIÓN DEL TRABAJO Y EL DESARROLLO DEL MOVIMIENTO OBRERO

Fue preciso el desarrollo urbano consiguiente con la proliferación de actividades industriales, manufacturas y servicios el que provocó la lenta pero progresiva reducción demográfica campesina y el trasvase creciente de la población activa a las ciudades. Un proceso ciertamente lento, puesto que la propia Inglaterra, que lidera el movimiento económico que da pauta a la revolución industrial en Occidente, necesitó casi cien años para reducir sus porcentajes de población activa agraria del 46 por ciento en 1820 a sólo el 6 por ciento de 1910. En Francia, durante el mismo período, el descenso sólo pasa del 75 al 42 por ciento; y en países como Rusia o España continuaban porcentajes superiores al 60 por ciento en los años de la Primera Guerra Mundial (11).

De todas formas pueden señalarse los años treinta del siglo XIX como los del punto de partida de una creciente *proletarización laboral* que facilita los *inicios del movimiento obrero*, al mismo tiempo que en Inglaterra las *Combination Acts*, de 1799-1800, redactan prohibiciones de asociaciones obreras y las declaran ilegales, provocándose así unos enfrentamientos en los que progresivamente se van abandonando las destrucciones de máquinas para volcarse en una lucha igualmente radical contra la prohibición asociativa, la única capaz de dar al motín un carácter permanente en pro de la negociación colectiva (12).

A partir de 1824 se suprimieron en Inglaterra las *Combination Acts* y se convierten en legales los cuadros sindicales hasta entonces perseguidos o secretos. En 1824, y también en Inglaterra, se fundó, a

(11) A. L. MORTON y G. TATE: *Historia del movimiento obrero inglés*, Madrid, 1971; E. J. HOBBSBAMM: *Trabajadores*, Barcelona, 1979, y *El mundo del trabajo*, Barcelona, 1987.

(12) W. ABENDROTH: *Historia social del movimiento obrero europeo*, Barcelona, 1968; E. DOLLEANS: *Historia del movimiento obrero*, Madrid, 1969.

partir de la experiencia de agrupaciones por oficios y localidades, una Organización Nacional, la *Grand National Consolidated Trades Unions*, con el objetivo de convertir a los sindicatos en organismos preparados para dirigir la producción en los diversos sectores de una industria creciente y cada vez más extendida.

Esta actividad de los núcleos mejor organizados derivó hacia la *lucha política*, basada fundamentalmente en la búsqueda y conquista del derecho electoral. De esta forma, en 1838, la *Asociación de Trabajadores de Londres* confeccionaba un programa democratizador, recibido en la *Carta del Pueblo*, donde en seis puntos se determinaban las reclamaciones más urgentes para la asociación obrera y el acta de nacimiento del *movimiento cartista*: circunscripciones electorales iguales, sufragio universal, renovación anual del Parlamento, supresión del certificado de propiedad exigido a los miembros del Parlamento para poder ser diputados, voto secreto mediante escrutinio y establecimiento de la inmunidad parlamentaria (13).

Tras diez años de gran actividad y resonancia el movimiento cartista acabó fracasando tanto por las resistencias políticas y patronales como por la falta de unión de sus dirigentes y carencia de una cobertura solidaria internacional o al menos europea. De esta manera y a consecuencia de este fracaso, sumado al desarrollo económico de los años cincuenta y sesenta, la acción política cedió en favor de un *resurgimiento sindical* que tiene, como punto de arranque, la creación en 1851 del *Sindicato de Maquinistas*, y a su ejemplo e imitación, la creación en los dos siguientes decenios de *sindicatos obreros cualificados*, de alcance nacional, que abandonan cada vez más los planteamientos radicales e ideas de transformación social total para centrarse en la *negociación* con los patronos con vistas a mejoras salariales progresivas.

Finalmente, en 1868, se constituye el *Trade Unions Congress*, encargado de coordinar los diversos sindicatos existentes; y vuelve a interesar la *vía legislativa* y política para la reforma social hasta crear un *Comité Parlamentario* cuya función se volcaba en la aprobación de leyes favorables a la clase obrera y a la consecución de la presencia y actividad parlamentaria de los líderes sindicalistas.

En el Continente, sin embargo, y más específicamente en Francia y Alemania, el retraso en la industrialización supone una toma de

(13) A. L. MORTON y G. TATE: Ob. cit., caps. II y III. Tb. E. DOLLEANS: Ob. cit., Tomo I. 3.ª parte.

conciencia y un movimiento obrero algo más tardío ciertamente pero inserto en una *praxis revolucionaria*, en unas apuestas utópicas y en una complicación política que encuentran en la *revolución del 48* el acta de nacimiento de *enfrentamientos sociales de nuevo cuño* que delimitan cada vez más los intereses enfrentados entre burgueses y obreros (14).

Tras esta breve «primavera de los pueblos», sometida y aplastada por los poderes dominantes, la prosperidad económica de los años cincuenta volvió a dar estabilidad al poder político en muchos países europeos que iniciaban o retomaban ahora la fase de industrialización ofrecida por la nueva coyuntura. En su seno, sin embargo, volvería a madurar una *conciencia obrera* que muy pronto habría de surgir con objetivos de *solidaridad mundial*.

#### 4. LAS INTERNACIONALES OBRERAS: DESARROLLO SINDICAL Y PARTICIPACION POLITICA

Pese a todo, la tranquilidad social y política de los años cincuenta no eran ni tan verdaderas ni tan generales como pretenden justificar instituciones económicas y políticas, puesto que tan pronto como las primeras perturbaciones económicas hicieron presencia, la burguesía liberal debió preocuparse e intervenir en la política económica, con la consiguiente repercusión en el lanzamiento y auge de los conflictos sociales que potencian el *movimiento obrero* en desarrollo.

Si se mira, por ejemplo, a las Islas Británicas ahora es cuando se cambia la *Ley del «amo y el siervo»* y se establece igualdad de tratamiento para las violaciones de contratos entre ambas partes, de modo que el contrato de trabajo deviene cada vez más favorable a los obreros. Y del mismo en el Continente, durante esta coyuntura económica favorable, la clase obrera logró concesiones político-sociales de importancia —tribunales industriales, institutos de beneficencia laboral subvencionados, cooperativas de consumo, etc.— que intenta la reconciliación de los obreros con el régimen político, al mismo tiempo que éste buscaba impedir o frenar el resurgir de una *toma de conciencia social*.

(14) E. CLAUDIN: *Marx, Engels y la Revolución de 1848*, Madrid, 1975, y J. SIGMAN: *1848. Las revoluciones románticas y democráticas de Europa*, Madrid, 1970. Tb. S. JULIA: *Marx y la clase obrera de la revolución industrial*, «Teoría», 8/9, 1981-82, págs. 99-135.

La crisis económica que se inicia en 1857 tras los sucesos de Crimea y los conflictos de Italia aviva el descontento y logra impulsar por todo el Continente un movimiento huelguístico similar al que los obreros de la construcción de Londres habían mantenido, y que volvió a dar lugar a la prohibición de las asociaciones por parte de los poderes públicos (15).

Así comenzó de nuevo, y proliferó a partir de 1860, una vuelta del proletariado a escena, de forma cada vez más organizada, volcado preferentemente en mejoras salariales y en la lucha por una legislación favorable a la reducción de la jornada laboral a las ocho horas. Fueron precisamente los obreros de la construcción de las colonias australianas los primeros que lograron esta reducción de jornada, y alentó a otros gremios a insistir y luchar por sus reivindicaciones. Para E. Hobsbawm este ascenso de la conciencia de clase, generadora de un movimiento a partir de la primera y aún simbólica *coordinación* internacional, comenzaba a estar madura e iba a resultar relativamente fácil conseguirla:

«Surgió —son sus palabras— con una rapidez inesperada, y pronto fue seguido por la ideología que hasta entonces se había identificado con sus movimientos: el socialismo» (16).

Se explicitaba así una «curiosa amalgama» de actividad sindical y acción política en la que se mezclaban complejamente radicalismos democráticos, luchas y alianzas de clase, apuestas anarquistas y concesiones capitalistas y gubernativas. Pero por encima de todo, era *internacional*, no sólo porque se dio simultáneamente en muchos países, sino por la nueva experiencia de *solidaridad internacional de las clases obreras*.

#### a) La «praxis» sindical y el desarrollo de las doctrinas socialistas.

La crisis económica de 1857 y la huelga londinense de la construcción en 1859 agilizaron, como se ha indicado, una oleada de solidaridad y una prisa por la fusión sindical que llegan a convertirse en fuerza compacta a la hora de exigir el voto para los trabajadores. En Inglaterra además el aumento del nivel de vida había posibilitado

(15) J. E. HOBBSAWM: *La era del capitalismo*, Madrid, 1977, primera y segunda parte.

(16) *Ibidem*, pág. 176.

cierto «aburguesamiento» de la aristocracia obrera, que responde tanto a la despolitización más arriba referida como a la *peculiar respetabilidad* con que el movimiento obrero inglés trataba de diferenciarse del del Continente, y más especialmente del ejemplo revolucionario francés (17).

El sindicalismo inglés venía demostrando, con la fundación de sindicatos diversos que al final desembocan en el *Trade Union Congress*, una preocupación, al mismo tiempo que económica y social, política y parlamentaria, la reforma del derecho electoral que abría la capacidad del voto a gran número de obreros urbanos y la alianza con los radicales en pro de una legislación sindical, laboral y de relaciones industriales más avanzada, que se irá concretando progresivamente en la aprobación del *Trade Unions Act*, en 1871, del *Employers and Workmen Act* de 1875 y en la alianza final con el Partido Liberal en la famosa táctica Liberal-Labour, contra la que luchará el socialismo de forma permanente.

Esta opción sindicalista no sólo no estorba sino que alienta la *tendencia internacionalista* del movimiento obrero inglés, que comenzó participando en organizaciones como los *Demócratas Fraternos*, y colaboró preponderantemente en la *International Association* de 1856-59, propiciada por la presencia en Londres de exiliados alemanes, rusos, franceses, polacos, que huía de la contrarrevolución dominante en el Continente y terminan aprovechando su exilio para participar en luchas democráticas y sociales (18).

A partir de 1860 estas relaciones internacionales se extienden hasta converger, en 1862, en la *Exposición Internacional de Londres*, que va a hacer viable, con la visita de una delegación de obreros franceses, la fundación de la *Asociación Internacional de Trabajadores* dos años más tarde (19).

Mientras tanto, en el Continente, con un movimiento obrero y sindical menos potente y extendido, la reafirmación doctrinal crece, colaborando a su concreción y desarrollo las tres corrientes teóricas que van a ejercer una especial influencia a lo largo de las dos siguien-

(17) G. LEFRANC: *Historia de las doctrinas sociales*, Barcelona, 1964, segunda parte: «El envite comunista». Tb. G. LEFRANC: *El sindicalismo en el mundo*, Madrid, 1974, caps. 1 y 2.

(18) Obras cit. de MORTON y TATE, DOLLEANS y, sobre todo, G. LEFRANC: *El sindicalismo...* cap. 1.

(19) J. DROZ: *Historia general del socialismo*, I, Barcelona, 1976, págs. 408-31. Tb. A. Kriegel: *Las Internacionales obreras*, Barcelona, 1971.

tes décadas: el *prouhonianismo*, el *marxismo* y en *anarco-colectivismo* liderado por M. Bakunin (20).

b) La creación de la A. I. T. y la constitución de partidos políticos obreros.

Fue la *Asociación Internacional de Trabajadores*, la Primera Internacional, la manifestación típica de la toma de conciencia obrera, la constatación de una solidaridad internacional entre los trabajadores que revela, como A. Kriegel ha señalado, «una concepción universalista del devenir social».

Para los líderes obreros franceses el origen de la A. I. T., la iniciativa que la hizo posible surgió en París; aunque su acta de nacimiento se fijó en el mitin celebrado el día 28 de septiembre de 1864, en el Saint Martin's Hall, de Londres. Tras un primer contacto entre líderes franceses y dirigentes de las Trade-Unions británicos con motivo de la visita de los primeros a la *Exposición Universal* de Londres en 1862, y la reanudación de conversaciones en el mitin organizado también en Londres, en julio de 1863, en solidaridad con Polonia, que acaba en un Comunicado de ingleses a franceses animando a una reunión internacional, se llega por fin a proyectar la convocatoria de un *Congreso Internacional* cuya preparación, en la primavera de 1864, comienza con la invitación formal extensiva a grupos sindicalistas británicos, mutualistas franceses y otros diferentes grupos, algunos de ellos secretos, amén de emigrados y exiliados residentes en Londres desde las revoluciones del 48, a una Asociación Internacional Obrera cuyo primer Comité provisional internacional, compuesto de 21 ingleses, 10 alemanes (Marx entre ellos), 9 franceses, 6 italianos, 2 polacos y 2 suizos, que terminaron encargando a C. Marx la redacción del *Manifiesto* inaugural y el proyecto de Estatutos, que la nueva Organización terminará aprobando el siguiente día 1 de noviembre.

El objetivo y lema de la A. I. T., el «¡Proletarios de todos los países, uníos!» era más un deseo que una realidad, puesto que, mientras los sindicalistas británicos se hallaban preferentemente volcados en

(20) G. D. H. COLE: *Historia del pensamiento socialista*, México, 1968; G. LEFRANC: *Historia de las doctrinas sociales*, ya cit.; D. GUERIN: *El anarquismo*, Buenos Aires, 1968; E. H. CARR: *Michael Bakunin*, Barcelona, 1970.

asuntos económicos y cooperativos, los franceses continuaban en la duda entre una alianza con la burguesía republicana y la lucha contra unos patronos que vivían una profunda preocupación a causa de la competitividad económica inglesa, siempre por delante en transformaciones técnicas e industriales. Belgas y suizos seguían refiriéndose a sus sociedades racionalistas y mutualistas; y los alemanes se continuaban debatiendo entre la complejidad de una lucha obrera en medio de los últimos brochazos a su unidad política tras las guerras austro y francoprusiana.

*El Manifiesto* redactado por Marx impulsaba hacia la conquista del poder político, que había de ser inexcusable tras el triunfo de la reunión y asociación proletarias:

«La conquista del poder político ha venido a ser, por tanto, el gran deber de la clase obrera. Así parece haberlo comprendido ésta, pues en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en Francia se han visto renacer simultáneamente estas aspiraciones y se han hecho esfuerzos simultáneos para reorganizar el partido de los obreros» (21).

Con este objetivo y con la coordinación planteada en los *Estatutos*, la A. I. T. consiguió atraer a los trabajadores artesanos, a los de oficios clásicos y aún a los campesinos mucho antes que a los obreros de la gran industria, cuyo mejor nivel de vida parecía guiarse hacia posturas de *aburguesamiento y respetabilidad*, los dominantes en el sindicalismo inglés.

Surgió además un problema nuevo una vez que los grupos más autoritarios, vinculados además a las figuras de Marx y Engels, pretendieron reforzar el papel del *Consejo General*, elegido en los Congresos anuales de la A. I. T. y radicado en Londres, frente a la autonomía de muchas organizaciones locales y nacionales que vieron con más simpatía el *antiautoritarismo*, muy pronto auspiciado por la doctrina y acción bakuninistas.

Los enfrentamientos más duros se suceden a partir de 1868, el año en que M. Bakunin ingresa en la Primera Internacional, que es cuando la oposición entre marxistas y bakuninistas termina en *ruptura* y precipita la marcha de la Internacional, en su Consejo General, a New York, y el surgimiento de una nueva *Internacional antiautoritaria*. El rechazo bakunista a toda posible intervención de los trabajado-

(21) J. DROZ: Ob. cit., T. I, pág. 611. Este capítulo de Droz va redactado por A. Kriegel. Tb. M. MOLNAR: *El declive de la Primera Internacional*, Madrid, 1974.

res en la política burguesa había de tener como resultado la *paralización* de la «acción revolucionaria socialista del proletariado» (22).

Cuando en la conferencia de París, en 1870, Marx se declare favorable a la organización de un *partido obrero*, distinto y opuesto a los partidos burgueses, ante la experiencia y fracaso de *La Comuna* de París, que él achacó a la falta de un programa dirigente y una dirección unificada, Bakunin, por el contrario, valoró positivamente el carácter espontáneo y popular de *La Comuna* y puso su confianza en las repercusiones que habría de tener tanto en Francia como en el resto de Europa.

Estas diferencias de interpretación fueron la excusa para el choque frontal de ambas tendencias, que se va a producir en el Congreso de La Haya, en 1872, cuando los antiautoritarios suizos lograron proponer «la abolición del Consejo y la supresión de toda autoridad en la Internacional), provocándose entonces tanto la ratificación sobre la actividad política liderada por el Consejo General como la decisión de excluir de la Internacional a M. Bakunin y al suizo Guillaume y la decisión del traslado a New York como forma de evitar nuevas disputas. Ello fue el final del desarrollo del movimiento obrero europeo bajo el signo de la Primera Internacional, el surgimiento de *partidos obreros nacionales* y el desarrollo y auge del *sindicalismo continental* independiente.

La influencia del internacionalismo fue determinante en Francia, donde terminó dándose la división entre las tesis revolucionarias y marxistas volcadas en la conquista del poder político, y una tendencia primordialmente sindical, dispuesta a la acción directa revolucionaria y al margen de la actuación o participación política. En Bélgica, Suiza, Holanda, Noruega y Dinamarca también la organización del movimiento obrero partió de la Internacional; mientras que en Italia el internacionalismo debió afirmarse frente a un obrerismo mutualista de influencia mazziniana, a la par que en España, tras la apuesta bakunista dominante hasta 1874, la *Asociación del Arte de Imprimir*, y más en concreto su presidente Pablo Iglesias, en conexión con el guesdismo francés, aparca, en mayo de 1879, en la fundación del *Partido Democrático Socialista Obrero Español*. Este afirma desde el principio la teoría marxista de las clases sociales, un programa máximo de emancipación de la clase trabajadora, la abolición de todas las

(22) J. FREIMOND: *La I Internacional*, Madrid, 1973. Tb. A. ARRUS: *Clase y partido en la I Internacional*, Madrid, 1974, págs. 80 y ss.

clases sociales y la acción política de las clases trabajadoras en lucha con el régimen económico capitalista y burgués. La posterior creación de un sindicato, la *Unión General de Trabajadores*, en agosto de 1888, permitía diferenciar en una proyección conjunta las reivindicaciones laborales y la acción política (23).

En Nueva York, la A. I. T. se había ido extinguiendo lentamente, de modo que en julio de 1876, en la Conferencia de Filadelfia, se decide la disolución del Consejo General. La corriente antiautoritaria va a seguir entonces aglutinando, con excepción de las alemanas, a todas las federaciones existentes en Europa, con unos Estatutos respetuosos con la autonomía de las secciones y con la promoción de la *huelga general* como medio de emancipación revolucionaria del proletariado. El decrecimiento del número de representantes en los Congresos y el abandono de la misma por Bakunin significan su fin en la práctica.

#### c) La Internacional Socialista y su respuesta a los graves problemas mundiales.

En 1888 y con motivo de la preparación del Centenario de la toma de la Bastilla, a celebrar al año siguiente, se registran dos iniciativas coincidentes, pese a sus diferencias, en la celebración de un Congreso Internacional Obrero en París: la primera, liderada por el Partido Socialista Demócrata Alemán y muy pronto secundada por el Partido Obrero Francés de Guesde; y la segunda, presidida por la Federación de Trabajadores Socialistas de Francia, de orientación moderada y posibilista, que se había previamente asegurado el apoyo y asistencia de las Trade-Unions británicas (24).

Cuando resultó imposible el intento de los socialistas belgas y suizos y de los alemanes de Liebknecht y Bebel de forzar la unión entre todos, debió optarse por la celebración de dos Congresos paralelos, que se reúnen en París entre el 14 y el 21 de julio, uno de ten-

(23) J. MALUQUER: *Los orígenes del socialismo en España, 1833-1868*; M. TUÑÓN DE LARA: *El movimiento obrero en la Historia de España*, Madrid, 1972; M. TUÑÓN, C. M. RAMA y AA. VV.: *Teoría y práctica del movimiento obrero en España*, Valencia, 1977 y C. E. LIDA: *Anarquismo y revolución en la España del siglo XIX*, Madrid, 1972.

(24) A. KRIEDEL: Ob. cit. Tb. J. JOLL: *La II Internacional, Movimiento obrero, 1889-1914*, Barcelona, 1976. Tb. A. DEL ROSAL: *Los Congresos obreros Internacionales en el siglo XIX*, Barcelona, 1975.

dencia marxista y otro de tendencia posibilista, llamado también de la calle Lancry, en referencia al lugar de su celebración.

El primero, el marxista, celebrado en la Sala Pétrelle, donde coinciden los marxistas alemanes de Engels, los guesdistas, los blanquistas y la Federación de Cámaras Sindicales de París, fue más tarde considerado por la Segunda Internacional como su primer Congreso.

En la práctica las pasiones acumuladas terminaron desatando las rivalidades entre los congresistas de ambas salas; y algunos delegados abandonaban además las sesiones de un Congreso para asistir al otro; mientras que los anarquistas, según acusación de los socialmarxistas, perturbaban en ambos Congresos.

Aun así, muchos creían posible la unidad, a cuya búsqueda se dedicaron los dos primeros días en la Sala Pétrelle; hasta hacerse finalmente evidente la convicción de que ni Engels ni los guesdistas querían otra unidad que la procedente de la aceptación de sus condiciones por parte de todos. Mientras tanto el Congreso posibilista buscaba vías para mejorar las condiciones de las clases trabajadoras y proyectaba para 1891 un nuevo Congreso, a organizar por los socialistas belgas (25).

De hecho fue el grupo reunido en la Sala Pétrelle el que se presentó, respaldado por sus 400 delegados y en nombre de 23 naciones y países, como el fundador de la Segunda Internacional tras cantar las loas del internacionalismo, referirse a la abolición de los ejércitos permanentes e insistir en la necesidad de establecer una legislación internacional del trabajo. Adoptaron finalmente el compromiso de una campaña en favor de la jornada de las *ocho horas*, cuyo primer acto había de ser la organización para el día *Primero de Mayo* de una gran manifestación internacional en favor de la misma, en adelante estatuída como Fiesta Socialista Internacional (26).

En relación con la aceptación en el seno de la Internacional de las organizaciones sindicales, el Congreso celebrado en Londres, en julio de 1896, aparte de expulsar definitivamente las tesis y representacio-

(25) R. MICHELS: *Los partidos políticos: un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Buenos Aires, 1979; M. MOISSONNIER: *La estructuración del movimiento obrero en partidos afines del siglo XIX: debates doctrinales y experiencias prácticas*, «Estudios de Historia Social», 8/9, Madrid, 1979, págs. 45 y ss.; R. LUXEMBURGO: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, en «Obras escogidas», I, Madrid, 1978.

(26) M. DOMMANGET: *Historia del 1.º de Mayo*, Barcelona, 1976; L. RIVAS: *Historia del 1.º de Mayo en España*, Madrid, 1987; Tb. M. PEREZ LEDESMA: Ob. cit., cap. 4.

nes anarquistas, quedó dividido entre el asentimiento de las socialdemócratas alemanes que se mostraban partidarios de la vinculación entre acción política socialista y fuerzas sindicales, a las que consideraban «escuela primaria de socialismo», y la oposición radical de los franceses que, condicionados por su propia trayectoria, preferían deslindar los Congresos políticos del socialismo internacional de los problemas sindicales, dejando a los sindicatos la organización de sus congresos internacionales corporativos (27).

Se impuso, pese a todo, la tesis alemana; pero ante la exclusión de los anarquistas y otros incidentes surgidos en Londres, sindicatos de muchos países optaron por eludir su participación en los congresos socialistas; y a instancias de los sindicalistas británicos y franceses se decidieron a proponer la formación de una *Internacional Sindical*. En 1902 acabó concretándose en un *Secretariado Internacional de las Organizaciones Sindicales*, encargado, entre otros menesteres, de la posterior convocatoria de Congresos Internacionales (28).

De esta manera, y tras este período de división y enfrentamiento que acaba madurando a las organizaciones, la Segunda Internacional se consolida como una de las más importantes fuerzas y realidades de la política mundial anterior a 1914, compuesta como una *federación flexible de partidos nacionales obreros autónomos*, con un aparato central modesto, con gran variedad interna de formas y organizaciones que evidenciaban un práctico pluralismo doctrinal y con muy buena capacidad movilizadora de líderes y masas. Convertida en una federación de partidos y sindicatos, terminaría por dar una respuesta corta, cuando no opuesta, a los grandes problemas mundiales, que se agravan entre 1890 y 1914: el desarrollo del imperialismo, la política colonialista y la ineficacia en una lucha por la paz; hasta tal punto que la guerra de 1914 vino a convertirse en el *golpe de muerte*, «la bancarrota» en expresión de Lenin, del pacifismo obrero y de la propia Internacional, imposibilitada tras el conflicto para una reconstrucción eficiente (29). El dilema era demasiado grave, y por ello entre 1910 y 1914 los partidos socialistas y las organizaciones obreras había deseado un acercamiento franco-alemán. A la hora de la verdad, sin embargo, los partidos socialistas de los países beligerantes, y en particu-

(27) G. LEFRANC: *El sindicalismo en el mundo*, ya cit., págs. 43-50.

(28) G. LEFRANC: *El sindicalismo en el mundo*, ya cit., págs. 51-53.

(29) J. JOLL: Ob. cit., caps. 5 y 6. Tb. LENIN: *Un paso adelante, dos pasos atrás*, en «Obras Escogidas», Madrid, 1975, I, págs. 234 y 314.

lar los de Francia y Alemania, no hicieron honor a los acuerdos adoptados de oponerse por todos los medios al conflicto. Cuando estalló éste, los sectores mayoritarios de los partidos, y más en concreto los grupos parlamentarios, si se exceptúan algunos diputados, votaron los *créditos de guerra* y se alinearon con sus respectivos gobiernos.

Luego, la revolución rusa de 1917 y la conquista del poder por los bolcheviques en el mes de octubre, impulsó las tendencias revolucionarias en los partidos de la Segunda Internacional, acompañadas de agitaciones huelguísticas y movimientos de protesta contra las calamidades de la guerra, el aumento del número de muertos y la extensión creciente del hambre y la miseria. Lenin ya había adelantado la idea de que la Segunda Internacional había muerto y era necesario crear una Internacional nueva.

#### d) El surgimiento de la Internacional Comunista y el triunfo de la bolchevización.

La revolución mundial socialista que había de seguir a la agonía del capitalismo imperialista no podría alcanzarse sin la existencia de un *partido revolucionario*, dotado de una organización combativa y una política marxista-leninista. La Revolución de Octubre no era sino el principio de la *revolución mundial* y de la correspondiente *Internacional Revolucionaria*.

Con este objetivo, el Partido Comunista Ruso y otros siete partidos comunistas inauguraban el día 2 de marzo de 1919, en el Kremlin, una *Conferencia Comunista Internacional* en la que terminó imponiéndose la tesis de Lenin de que Europa marchaba hacia el choque definitivo entre burguesía y masas proletarias. Se hacía ineludible dotar al movimiento revolucionario de una dirección internacional capaz de asegurarle la victoria; y así la Conferencia de Moscú se convierte en *Congreso Constituyente de la Komintern* o *Internacional Comunista*, que acabó aprobando los principios, objetivos y estrategias de la nueva Organización Internacional (30).

La creación de la Internacional Comunista y las exigencias de centralización y ortodoxia marxista-leninista trajeron, sin embargo,

(30) A. AGOSTI: *La Terza Internazionale (Storia Documentaria)*, Roma, 1975-79; E. H. CARR: *Historia de la Rusia Soviética*, 3 y 4, Madrid, 1973.

nuevas inquietudes y escisiones en el seno del movimiento obrero. Las discrepancias hacían estéril todo esfuerzo unificador; y sólo cuando los fascismos europeos se convirtieron en el enemigo común, socialistas y comunistas borraron sus diferencias para integrarse junto con los partidos demócratas progresistas en *Frentes Populares*, con el único objetivo de defender una democracia atacada por frente y organizaciones autoritarias o totalitarias (31).

Cuando la unanimidad era más imprescindible, al menos cuatro tendencias reclamaban para sí el apoyo de la clase obrera y su consiguiente instrumentación: los *partidos comunistas*, que controlan la Tercera Internacional; los *sindicalistas*, volcados igualmente en la defensa y desarrollo de su Internacional Sindical; los *socialistas*, interesados en reconstruir una Internacional típicamente obrera, y los que se habían llamado *Internacional dos y media*, igualmente insistentes en una Internacional única y unificada.

La reacción global ante la Segunda Guerra Mundial repetirá prácticamente el esquema de la primera, cuando se vuelve a hablar de una guerra injusta, reaccionaria e imperialista; pero en la práctica se decide por opciones nacionales, compromisos diplomáticos y pactos de no agresión (entre Moscú y Berlín) que facilitaron el predominio de lo particular sobre lo universal o internacional. Ello explica la disolución de la Internacional Comunista el 15 de mayo de 1943, dejando en el futuro a las organizaciones obreras replegadas en opciones regionales o diluidas en opciones sindicales semitecnificadas (32).

## 5. MOVIMIENTO OBRERO Y MOVIMIENTOS SOCIALES EN LA EPOCA ACTUAL

La «profecía» proletaria, que a fines del siglo pasado continuaba asegurando el final del sistema capitalista en favor de una sociedad igualitaria, falló rotundamente una vez que el capitalismo supo transformarse y demostrar su capacidad de articular una *integración social* progresiva y reductora de las cotas de malestar social que habían servido de acicate al clásico movimiento obrero.

(31) A. KRIEDEL: Ob. cit.; Tb. E. H. CARR: *El ocaso de la comintern (1930-1935)*, Madrid, 1983.

(32) E. H. CARR: *El ocaso...*, ya cit...; Tb. G. LEFRANC: *El sindicalismo...*, segunda parte, 3.

Tras la Segunda Guerra Mundial la creciente *moderación* de las clases trabajadoras obedece tanto a los resultados positivos de la *presión sindical* como al desarrollo del *Estado de bienestar* que, en la década de los cincuenta, y una vez superados los efectos destructivos de la guerra, precipitó la preocupación política de los gobiernos por la satisfacción de los sectores menos favorecidos, al par que iba creciendo en número e influencia una clase social emergente, *la nueva clase media*, vinculada al desarrollo de nuevos sectores económicos, y que vale para caracterizar e identificar en los países más adelantados de Occidente una *sociedad postindustrial*, distinguida por su *alta estabilidad social* y por su capacidad para exportar problemas y conflictos a los países subdesarrollados, al Tercero y Cuarto Mundos situados preferentemente en el cono Sur del planeta (33).

No es que hayan desaparecido las situaciones de miseria, que todavía afectan a muy altos porcentajes de población, ni que se haya anulado la desigualdad social acostumbrada, sino que se experimenta una inimaginable reducción de miserias y desigualdades, en gran parte manifiestas con el incremento y desarrollo de la capacidad de consumo de la mayoría de la población. Economistas y sociólogos diagnostican esta nueva época como la de «sociedad de consumo de masas» o «sociedad opulenta», con que J. K. Galbraith titula una de sus más conocidas obras (34).

Resueltos por vía estatal los problemas vitales más perentorios mediante sistemas de política y seguridad social, la adquisición de electrodomésticos, coches, viviendas y vacaciones anuales resultaban objetivos alcanzables para sectores crecientes de población que, impulsados por las nuevas técnicas publicitarias, incrementaban sucesivamente sus gastos y respondían a las ofertas de venta a plazos cada vez más generalizadas mediante los medios de comunicación social.

En este contexto, que en los años sesenta llegó a la convicción del *progreso indefinido*, la actuación sindical, aún diferenciada a nivel internacional entre la *Federación Sindical Mundial*, integradora de los sindicatos de la URSS, Democracias Populares y sindicatos comunistas de los países de Occidente, y la *Confederación Internacional de*

(33) J. K. GALBRAITH: *La sociedad opulenta*, Barcelona, 1973; D. BELL: *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Madrid, 1976; V. PÉREZ DÍAZ: *El retorno de la sociedad civil*, Madrid, 1987.

(34) A. GIDDENS: *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, 1979; J. L. y B. HAMMOND: *El trabajo del campo, de la ciudad, especializado*, Madrid, 1987.

*Sindicatos Libres*, englobadora de los sindicatos norteamericanos, Trade-Unions británicas y sindicatos socialistas europeos, pierde progresivamente su peculiar y acostumbrada violencia, y los mecanismos de *negociación colectiva*, unida a los logros del *pleno empleo*, suavizan el movimiento huelguístico y difuminan hasta su práctica desaparición la conciencia revolucionaria. Sólo entre 1968 y 1973 se vuelve entre los obreros más jóvenes, asociados o relacionados con los movimientos estudiantiles, a una proliferación de huelgas y enfrentamientos urbanos con las fuerzas del orden, peculiarmente recogidos y simbolizados en el Mayo de 1968 en Francia, en el «otoño caliente» de 1969 en Italia, en los conflictos eléctricos, mineros y portuarios ingleses a lo largo de 1972 y 1973. En este último caso la respuesta sindical y minera generó en crisis política e hizo posible, junto a otros factores, el acceso de los laboristas al poder en 1974, aunque sin posibilidad de éxito frente a la crisis mundial.

Con esta crisis, que asola al mundo occidental, y en concreto a Europa a partir de 1973, y ante el ingente aumento del paro y la reducción drástica de las elevaciones salariales, a las que se culpaba de responsables básicos de la inflación, acabó prácticamente la ola de conflictividad ante la preocupación primordial de defender los puestos de trabajo y las ventajas sociales hasta entonces obtenidas. Mientras se moderan el movimiento obrero y la acción sindical que lo articula, y cuando el obrero queda indefenso frente al Estado y ante la soledad e insolidaridad crecientes, surgen nuevos conflictos y tensiones sociales, entre los que destacan por su importancia, como cauces de expresión de malestar y búsqueda de nuevas formas asociativas, los movimientos pacifistas, ecologistas y feministas (35).

El *Manifiesto de la VI Marcha Internacional no Violenta en favor de la Desmilitarización*, dado en Holanda, en 1981, expresa ejemplarmente esta respuesta frente a la explotación presente; una explotación destructora de personas y de la justicia social en un llamado «tiempo de paz».

(35) A. HELLER y F. FEHER: *Sobre el pacifismo*, Madrid, 1986; M. VÁZQUEZ DE MELLA (comp.): *La izquierda europea. Análisis de la crisis de las ideologías de izquierda*, Barcelona, 1985; A. NIETO y C. MONEDERO: *Ideología y sociología del movimiento estudiantil*, Madrid, 1977.